

Expolit — Presentación de libros — Al público en general (2 de 2)

Dr. Justo L. González



Expolit – Presentación de libros – Al público en general

(2 de 2)

Muy buenos días. Es un placer estar con ustedes aquí hoy por muchas razones. Quizá la más importante, como autor en medio de esta exposición de libros y otros materiales, sea el simple hecho de poder verles cara a cara. Una de las grandes diferencias entre escribir y predicar es que cuando uno predica puede inmediatamente ver el impacto que pueda hacer o no hacer lo que dice. Lo ve en los rostros de las personas, o en los comentarios que le hacen después, o en los cambios que tienen lugar en su vida. Pero cuando uno escribe es como quien pasa por un campo regando semilla y rara vez tiene ocasión de volver para ver lo que brota y produce. Luego, esta ocasión de estar en medio de un grupo de personas que se interesan en lo que escribo es para mí ante todo una oportunidad para darles las gracias por el don de poder ver directamente en ustedes respuesta a lo que diré, que en buena medida será un resumen de algunas de las cosas que he escrito.

Una consecuencia práctica de esto es que quiero hacer de esta sesión verdaderamente un taller. Espero hacer una breve introducción con dos propósitos esenciales: el primero de ellos es darles a conocer algo de los trabajos que hoy se presentan al público. Pero el segundo es abrir

un diálogo con ustedes, entre quienes supongo se cuentan algunos de mis presuntos lectores.

En cierto modo, para mí lo más importante de esta sesión es ese segundo elemento: la

oportunidad de conversar directamente con el público lector.

Estoy aquí entre ustedes gracias a la cortesía de la editorial Mundo Hispano, que recientemente

ha publicado varios libros míos. El tema que me han asignado para esta mañana es una especie

de combinación de cuatro de los últimos cinco. El otro, el quinto, es algo más extenso, y en

cierto modo es el trasfondo de algunas de las cosas que se dicen en los cuatro más pequeños.

Estos cuatro se refieren esencialmente a cuestiones del culto cristiano y su historia. Tres de

ellos tienen que ver ante todo con los tiempos del culto. El primero de los que se publicaron,

Breve historia del domingo, tiene que ver principalmente con el ciclo semanal y su culminación

el primer día de la semana. Los otros dos que se refieren a los tiempos tienen que ver más bien

con el ciclo anual: uno sobre la Navidad y otro sobre la Semana Santa. Naturalmente, en torno

a cada una de estas dos fechas culminantes del año cristiano se dice algo también acerca de los

días y las semanas que anteceden y siguen a cada una de ellas. El cuarto libro también tiene

que ver con el culto y la devoción, pero trata sobre un elemento específico en ese culto, que es

la oración que el Señor nos enseñó.

Lo que me ha llevado en estos últimos tiempos a centrar mis estudios históricos en el tema del culto es la convicción, compartida por la mayoría de los historiadores, y que parece ser verdad en el día de hoy al igual que en los primeros tiempos de la iglesia, de que entre el culto y la doctrina hay una relación simbiótica, de manera que no es solamente cuestión de que la doctrina que se expresa en el culto, sino que también el culto le da forma a la doctrina. Los ejemplos pueden ser muchos, pero baste con uno. La iglesia estaba bautizando en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y estaba adorando y alabando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo mucho antes de que se escribiera tratado alguno sobre la doctrina de la Trinidad. Luego, en buena medida, la formulación específica de la doctrina de la Trinidad fue un intento de expresar de una manera más amplia y detallada de lo que se experimentaba y se afirmaba en el culto. Esto me parece de suma importancia en el día de hoy, cuando tantas veces no parece preocuparnos demasiado la cuestión de la teología que se va formando y afirmando en el culto. Luego, parte de lo que me propongo con estos libros acerca del culto cristiano en sus orígenes es llevarnos a todas las personas que tenemos injerencia en el orden de culto en

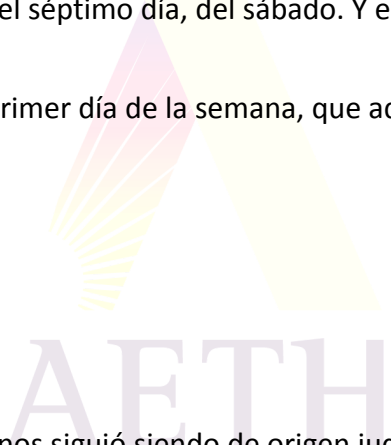
nuestras iglesias a descubrir y tomar más en serio esa función del culto como formación del carácter cristiano y del pueblo de Dios.

Empecemos por el libro acerca del domingo. Repetidamente, según visito iglesias en diversas partes del mundo, si se me da la ocasión de estar en alguna clase o alguna discusión pregunto por qué es que el principal culto de la iglesia cristiana normalmente tiene lugar en el día domingo. Las respuestas más frecuentes son, o bien que esto fue invención del emperador Constantino en el siglo cuarto, o bien que fue un modo de distinguirse de los judíos, que se reunían el día anterior. Tales explicaciones, y varias otras que circulan, tienen poco fundamento en la realidad.

Cuando leemos los escritos de la antigüedad cristiana siguiéndoles la pista a las razones por las que los cristianos se reunían el domingo, vemos que lo hacían por otras razones que tienen poco que ver con las que frecuentemente se dan.

El culto principal de la iglesia cristiana era el partir y compartir del pan en la comunión. Desde

los mismos inicios, cuando todavía la mayoría de los cristianos era de origen judío, y cuando todavía esos cristianos continuaban asistiendo al culto en la sinagoga el séptimo día de la semana, después de asistir a ese culto los cristianos se reunían para partir el pan en memoria de Jesús. En este punto es necesario entender que para los judíos el paso de un día a otro no tenía lugar a medianoche, como generalmente pensamos hoy, sino a la puesta del sol del día anterior. El día empezaba por la tarde, al ponerse el sol. Luego, el primer día de la semana empezaba con la puesta del sol del séptimo día, del sábado. Y era entonces después de esa puesta del sol, cuando ya era el primer día de la semana, que aquellos cristianos de origen judío se reunían para partir el pan.



Mientras la mayoría de los cristianos siguió siendo de origen judío, el reunirse después de la puesta del sol del sábado no presentaba mayores dificultades. A través de los siglos, los judíos habían buscado formas y ocupaciones que les permitieran descansar durante el sábado, y por tanto no se les haría tan difícil apartar el anochecer que seguía al sábado para reunirse a partir el pan.

Esto empezó a cambiar a fines del siglo primero y principios del segundo, cuando por una parte los judíos cristianos fueron expulsados de las sinagogas y por otra fue creciendo el número de cristianos de origen gentil. Para estas personas, que bien podían ser esclavos, esclavas, o artesanos que trabajaban bajo el empleo de otras personas, ausentarse del trabajo y de la casa un día cualquiera después de la puesta del sol resultaba difícil. Un esclavo que tenía la responsabilidad de prepararle y servirle la cena al amo no podía decirle, “Hoy no voy a cocinar ni a estar aquí para su cena, pues me voy a reunir con los cristianos”. Una esclava que cuidaba de los niños de los amos no podía tampoco decir: “Esta tarde no voy a acostar a los niños, porque voy a partir el pan con los cristianos”. Dadas tales circunstancias, les resultaba más factible a los creyentes continuar reuniéndose el primer día de semana, pero no ya inmediatamente después de la puesta del sol del sábado, sino antes del amanecer del próximo día. En breve, desde los mismos inicios los cristianos tenían la costumbre de reunirse el primer día de la semana, que llamaban “día del Señor”, *dominica*, si hablaban latín; o *kyríaka* si su lengua era el griego.

Ese nombre que se le dio al primer día de la semana, de donde derivamos nuestra palabra de

hoy “domingo”, nos lleva de inmediato al sentido espiritual y teológico de ese día. Se le llamaba el “día del Señor” porque fue el día de su resurrección. Luego, lo que se recordaba al partir el pan en memoria de él no era solamente su crucifixión y muerte, sino también y sobre todo su resurrección. En consecuencia, el culto cristiano era un servicio de alegría y celebración. No fue sino bastante más tarde, durante la Edad Media, que el culto cristiano celebrado el domingo perdió buena parte de ese elemento de celebración y se volvió más bien un momento de duelo y penitencia que hubiera sido más apropiado para un culto celebrado el viernes que para el día de la resurrección del Señor. Al partir el pan en memoria de él, lo que se recordaba no era solamente su crucifixión, sino también su victoria manifestada en la resurrección.

Pero hay más. Esa memoria de la resurrección llevaba también a los cristianos a otro acontecimiento que según el Génesis tuvo lugar el primer día de la semana, es decir, el principio mismo de la creación. Lo que celebraba entonces cada domingo no era solamente la salvación personal de cada creyente, sino también la relación entre la primera creación y la nueva. Según el Evangelio de Juan, el mismo Verbo que se encarnó en Jesucristo y cuya muerte y resurrección los cristianos celebraban cada domingo, es también el mismo Verbo que era desde el principio y

por quien todas las cosas fueron hechas. Luego, al reunirse el primer día de la semana los cristianos no estaban recordando solamente la victoria de su Señor sobre los poderes del mal y de la muerte, sino también su señorío absoluto sobre toda la creación, y la esperanza misma de toda una creación que, con el decir de Pablo, gime todavía con dolores como de parto, esperando el momento de su redención. En resumen, los cristianos se reunían el domingo porque era el día de la resurrección de su Señor, y también porque era el día en que ese mismo Señor creó los cielos y la tierra y todo lo que en ellos hay.

Pero hay más. Cuando aquellos creyentes hablaban de hacer esto en memoria de Jesús, no se referían solamente a recordar el pasado, sino también a recordar la promesa futura. Según una antigua tradición, el ciclo aparentemente interminable de las semanas tocaría a su fin. Un buen día nos levantaremos después del séptimo día de la semana, esperando otro primer día, y nos sorprenderá el hecho glorioso de que estaremos no ya en otro primer día, sino en el octavo, en el día eterno de Dios. En consecuencia, los cristianos se reunían el primer día de la semana porque era también el octavo, de modo que este Señor que estaba ya en el principio mismo de la creación, y que es también el inicio de la nueva creación, estará también allí presente cuando

la vieja y la nueva creación encuentren su culminación en él.

Para no dejar la historia en suspenso, lo que aconteció más tarde, en tiempos de Constantino y su famoso decreto del año 321, fue que Constantino, que era más o menos a la vez cristiano y devoto del Sol Invicto, como lo había sido casi toda su familia, decretó que el día del Sol (que era el mismo día que los cristianos y los judíos llamaban el primer día de la semana) sería día de asueto de modo que las personas pudieran dedicarse a la oración. El decreto mismo no decía una palabra acerca de los cristianos, sino solo acerca de la religión en general.

Así y todo, ese decreto trajo varios cambios al culto de la iglesia. Para el tema que aquí nos interesa, los más importantes son, primero, que ya no era necesario reunirse antes de la madrugada, pues ahora todo ese primer día de la semana estaba disponible. Y, segundo, que Constantino comenzó un largo proceso a través del cual el primer día de la semana, que en el cristianismo antiguo no había sido en modo alguno día de descanso, fue volviéndose cada vez más semejante al antiguo sábado, viniendo a ser un día no solamente de culto y devoción, sino también de descanso. El libro sobre el domingo continúa esa historia, pero para asegurarme de

que nos quede tiempo para la conversación la dejaremos ahí por ahora.

Los libros sobre la Navidad y la Semana Santa también tratan acerca de cuestiones relativas al tiempo y sus ciclos; pero mientras el del domingo trata sobre el ciclo semanal estos dos tratan sobre el ciclo anual. En el día de hoy, hay dos grandes celebraciones cristianas que casi todas las iglesias celebran: la Navidad y el Domingo de Resurrección. De estas dos fechas, la más antigua con mucho es la segunda, aun cuando hoy la Navidad parece haberse vuelto más importante – en parte debido a los intereses comerciales que la promueven. En la iglesia antigua cada domingo era en cierto modo un día de resurrección. Como creo haber dejado claro, era un día de alegría y celebración del poder y la victoria del Señor. Pero, si bien todo domingo tenía esa dimensión celebratoria, había cada año un domingo de los domingos, el aniversario del primer Domingo de Resurrección. La determinación de ese día especial no tuvo lugar sin controversias sobre las cuales no hay que entrar aquí. El ponerse todos de acuerdo – o más bien, más o menos de acuerdo – tomó largos siglos. Tristemente, cuando más tarde hubo una reforma del calendario en el occidente de Europa, las iglesias orientales no aceptaron esa reforma, de modo que aquel acuerdo que se había hecho tantos años antes desapareció, y hasta el día de hoy

frecuentemente los cristianos católicos y protestantes celebramos ese magno día en fecha diferente a la que celebran los rusos y otros.

Pero lo importante no es la cuestión de la fecha exacta, sino más bien el significado de esa fecha. El Domingo de Resurrección pronto vino a ser el día en que normalmente se bautizaban los candidatos al bautismo. Estos candidatos habían estado preparándose para ese momento por un período de al menos dos años, y se les bautizaba en este día como señal dramática de que el bautismo no es solamente una ceremonia bonita, ni es solamente una declaración o testimonio de la fe, sino que es cuestión de vida y muerte. Celebrado en ese día particular, el bautismo dejaba bien claro que había una ruptura entre la vieja vida y la nueva, entre los viejos valores y los nuevos, y que esa ruptura bien podía ser costosa.

La celebración del Domingo de Resurrección, y el sentido que se le daba, se extendió inmediatamente a toda aquella semana que culminaba en él. En particular, se le dio importancia especial al viernes antes de ese domingo, que era el día en que, en espíritu de duelo, llanto y arrepentimiento, se conmemoraba la crucifixión del Señor.

El impacto de ese domingo particular en los días que le precedían y le seguían se fue haciendo cada vez más notable. Puesto que ese domingo era la culminación de un largo proceso de reparación para el bautismo por parte de los neófitos, las semanas que inmediatamente lo precedían vinieron a ser un tiempo particular de preparación y de escrutinio más intensos para quienes se preparaban a recibir el bautismo – los llamados “catecúmenos”. Algún tiempo después, el resto de los cristianos, los ya bautizados, en solidaridad con los catecúmenos y también preparándose para renovar sus votos bautismales en el Domingo de Resurrección, se dedicaron también al ayuno y la penitencia. Todo esto es el origen de la Cuaresma de hoy.

Al otro lado del Domingo de Resurrección, la alegría de ese día se extendió no solo a la semana que inmediatamente le seguía, cuando los recién bautizados recibían otra instrucción más explícita y detallada acerca de su bautismo mismo, de la comunión, y de otras nuevas experiencias que estaban teniendo, sino que se extendió también a los 50 días que van desde el gran Domingo de Resurrección, a través de la Ascensión y hasta el Pentecostés.

El caso de la Navidad es a la vez parecido pero diferente. Como ya he dicho, la Navidad no se

contaba entre las fiestas antiguas de la comunidad cristiana. El propósito por el que empezó a celebrarse resulta claro. Había quienes decían que Jesús era un ser fantasmagórico que no tenía cuerpo físico, sino solo apariencia de tal. Frente a eso el resto de los cristianos empezaron a subrayar el nacimiento de Jesús. Y esto se expresó no solamente en los tratados teológicos y en los credos, sino también el culto, cuando se empezó a dedicar un día especial a celebrar la resurrección del señor. Por algún tiempo hubo fechas diferentes para celebrar este nacimiento. En la zona oriental de la cuenca del Mediterráneo, se celebraba el 6 de enero. A la postre surgió la costumbre de celebrar el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre, y preservar el 6 de enero para el día de la Epifanía y la adoración de los magos. Se dieron muchas razones para el 25 de diciembre. Una de las más interesantes era que Dios lo hace todo por orden, y puesto que la crucifixión de Jesús, según se pensaba, tuvo lugar el 25 de marzo, su concepción también debe haber tenido lugar en esa fecha, lo cual llevaría al nacimiento el 25 de diciembre. Pero todo esto son especulaciones mediante las cuales se intentó justificar esa fecha. Ciertamente, un elemento importante fue que la Navidad vino a ser un contrapeso a las fiestas paganas que tenían lugar en torno al solsticio de invierno.

No tenemos documento alguno que nos diga exactamente cuándo se empezó a celebrar la Navidad el 25 de diciembre. La primera afirmación incontrovertible que podemos hacer es que ya para el año 335 se acostumbraba celebrar la Navidad el 25 de diciembre. Y aun esa prueba es complicada, pues requiere una serie de razonamientos dignos de cualquier novela detectivesca.

Lo que sí conviene señalar es que pronto, al igual que había acontecido con el Domingo de Resurrección, surgieron antes de Navidad un tiempo que la precedía, que es lo que hoy llamamos Adviento y otro que la sucedía, la Epifanía. Todo esto es el origen del patrón fundamental del año cristiano, que gira en torno a dos polos: la Navidad y el Domingo de Resurrección.

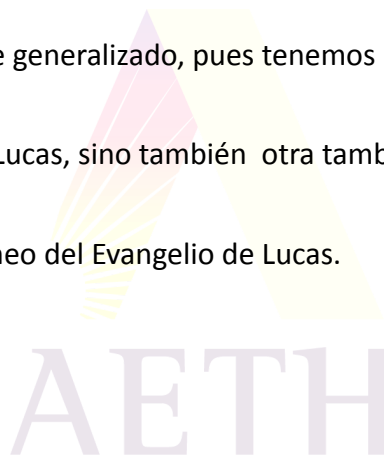
Por último, y puesto que el tiempo apremia y quiero dejar tiempo para nuestra conversación, unas pocas palabras acerca del libro sobre la Oración del Señor. Empecé a escribir este libro por razón de una situación que noto en muchas de nuestras iglesias. Decimos que queremos seguir la Biblia y sus indicaciones; pero casi nunca empleamos las palabras que según la Biblia Jesús les enseñó a sus discípulos. Posiblemente lo que acontece es que el énfasis en la oración

espontánea no deja mucho lugar para el uso de estas palabras que son eminentemente bíblicas.

De manera extraña, parece que nosotros también nos dejamos llevar por una tradición que nos dice que todas las oraciones han de ser espontáneas, y esa tradición resulta ser más poderosa que la Biblia misma.

Todo eso me llevó a pensar acerca del uso que la iglesia antigua hacía de esta oración.

Sabemos que su uso era bastante generalizado, pues tenemos no solamente las dos versiones del Evangelio de Mateo y del de Lucas, sino también otra también en la *Didajé*, un documento que bien puede ser contemporáneo del Evangelio de Lucas.



Ahora bien, ¿cómo se usaba en la iglesia antigua esta oración? ¿Qué se entendía por ella? En el libro sobre ese tema lo que he hecho es ir tomando cada una de las cláusulas de esta oración y ver lo que dicen sobre ella los más antiguos escritores cristianos. En esa exploración he encontrado maravillas. He encontrado profundos pensamientos acerca de por qué aunque estemos solos no decimos “Padre mío”, sino “Padre nuestro”. Me he topado con interpretaciones del pan nuestro de cada día que tienen que ver mucho con nuestras luchas por

la justicia en el día de hoy. He leído acerca del perdón a nuestros deudores y he visto lo que eso implica no solamente para nuestras vidas individuales, sino también para la comunidad de la iglesia y su unidad. Son tantas cosas que ni siquiera me atrevo a tratar de resumirlas aquí.

La otra reflexión que la preparación de este libro produjo en mí tiene que ver con el modo en que comúnmente nos referimos a esta oración como la “oración modelo”. La iglesia antigua tomaba esta frase muy en serio. Lo que se entendía por ella era que toda oración que contradiga lo que el Señor nos enseñó es inapropiada. Por eso fue surgiendo la costumbre de repetir esta oración, no como se hace en muchas de nuestras iglesias, al terminar nuestras oraciones, sino más bien al comienzo. En la iglesia donde me congreso normalmente terminamos nuestras oraciones de intercesión diciendo: “Todo esto te lo pedimos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que nos enseñó a orar diciendo: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos’. Pero en la iglesia antigua frecuentemente se decía la oración del Señor al principio de todas las otras peticiones, como modelo al cual toda otra petición debía ajustarse. (De paso, esa es posiblemente una de las razones por las que en algunas iglesias se termina esta oración con la cláusula “más líbranos el mal”, y es solamente después de toda otra serie de

intersecciones que se añade la conclusión que aparece en Mateo: “porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos”).)

Podríamos decir mucho más. Pero lo importante es que entendamos que cuando entramos en diálogo con nuestros antepasados en la fe empezamos a descubrir riquezas en esa fe que de otro modo pueden quedar olvidadas. Con esas palabras termino, con el propósito de que ahora tengamos una buena conversación.

Muchas gracias.

